

Análisis comparado de las raíces históricas y literarias de la leyenda de la Malinche⁵⁹

Francisco Javier Ardiles Vethencourth⁶⁰

Resumen: Este artículo es un acercamiento a una de las figuras fundacionales de la literatura latinoamericana, que desde la Conquista ha sido tema de las crónicas de Indias, la Historia, la poesía, el teatro, la novela y el ensayo: “la Malinche”. En este texto se abordará este personaje para entender cómo se fue construyendo su leyenda a lo largo del tiempo, a partir de las ideas planteadas en tres libros, dos literarios y uno histórico, mediante los cuales se ha procurado develar la trascendencia y los secretos no revelados de su historia. Los autores de estos textos son mexicanos: el primero es el cuarto capítulo de un extenso ensayo titulado *El laberinto de la soledad* (2000), de Octavio Paz; el segundo es una novela que se titula *Malinche* (2006), de Laura Esquivel; y el tercero, una biografía histórica llamada *La Conquista de la Malinche* (2009), del historiador Luis Barjau.

Palabras clave: Malinche; Literatura hispanoamericana; Historia hispanoamericana.

Resumo: Este artigo é uma aproximação a uma das figuras fundadoras da literatura latino-americana, que desde a Conquista tem sido tema das crônicas das Índias, da História, da poesia, do teatro, da narrativa e do ensaio: a Malinche. Neste texto, se abordará esse personagem para entender como sua lenda foi sendo construída ao longo do tempo, a partir das ideias apresentadas em três livros, dois literários e um histórico, mediante os quais se procurou desvendar a transcendência e os segredos não revelados de sua história. Os autores destes textos são mexicanos: o primeiro é o quarto capítulo de um extenso ensaio intitulado *El laberinto de la soledad* (2000), de Octavio Paz; o segundo é um romance intitulado *Malinche* (2006), de Laura Esquivel; e o terceiro, uma biografia histórica chamada *La Conquista de la Malinche* (2009), do historiador Luis Barjau.

Palavras-chave: Malinche; Literatura hispano-americana; Historia hispano-americana.

I

La Historia de la literatura latinoamericana ha estado sujeta a un debate continuo que siempre ha oscilado entre aquello que tiene de verdad y tiene de mentira. La literatura siempre ha visto una entidad paralela y colateral de la Historia, su hermanastra, la cenicienta. Es por eso que en América Latina la batalla por el derecho de la literatura a decir su verdad sin tergiversaciones deliberadas ni olvidos autoimpuestos, se ha planteado desde hace algunos años como un compromiso. En este campo intelectual la pugna entre los adeptos al canon y los promotores de la transgresión, ha sido candente e intensa, y dista mucho de llegar a su final. La pregunta que procura responder todo texto sobre cualquier modalidad de la Historia relacionada

⁵⁹ Recebido em 2 de abril de 2019. Aceito em 9 de julho de 2019.

⁶⁰ Doctor en Ciencias/Estudios Culturales por la Universidad de Carabobo (UC). E-mail: loloardiles@gmail.com.

con América Latina se vincula con el quiénes somos y el quiénes son ellos, con el de dónde venimos y el de donde vienen ellos. Identidad y diferencia son términos tremendamente difíciles de abordar porque responden a cuestiones concretas, simples y esenciales que todavía son muy difíciles de responder.

Este texto va a estar centrado en un suceso bastante controvertido, un proceso que cuenta con múltiples versiones y narrativas, unas derivadas de la historia y otras devenidas de la imaginación literaria. Este proceso es el de la Conquista, y se va a abordar a partir de las versiones de los hechos que se han construido y deconstruido durante cinco siglos, sobre uno de sus personajes más importantes, una mujer que es recordada con el nombre de la Malinche. Para llevar a cabo tal fin hemos leído todo tipo de textos, tanto aquellos que pueden considerarse de índole factual como los que se acercan a las fronteras del orden ficcional del discurso. Hemos llevado a cabo esta operación de arqueo partiendo del principio de que tanto en la historia como en la literatura se reconocen narrativas donde hay algo de verdad y algo de mentiras, relatos y versiones de los hechos donde se entrecruzan los reflejos contrapuestos de dos espejos imaginados.

Partimos entonces del principio de que tanto en una como en otra disciplina las vecindades son innegables, porque están constituidas por una materia prima conformada por hechos, supuestos, imaginarios y elucubraciones ficcionales. En este trabajo, partimos de la premisa de que tanto la Historia como la literatura latinoamericana se han nutrido en muchas ocasiones de esta alianza accidental para recuperar, reconstruir y reinventar la memoria de los hechos. La diferencia fundamental que siempre ha existido entre ambas se ha basado más en el cómo se dice lo que se dice, que en el qué. En esto consiste la diferencia entre estas dos disciplinas del conocimiento, en el principio motorizador que da pie a la reconstrucción de los hechos.

Este análisis comparativo pretende propiciar un diálogo, en el que parte de la historia no escrita sobre la Malinche, esa mujer que supuestamente traicionó a su pueblo, se lea sin prejuicios, resignificada por la contundencia de ciertos hallazgos que la historia ha develado. La Malinche es un personaje que a estas alturas de la historia no puede ser valorada a partir de principios domésticos, es un personaje que siempre estuvo ubicado más allá del bien y el mal, que trascendió las fronteras de lo histórico y que hace mucho tiempo comenzó a navegar por los ríos revueltos de lo novelístico, lo mitológico, lo legendario, lo religioso y lo arquetipal del entorno imaginario de la sociedad latinoamericana.

En la historia cumplió con un papel fundamental, el de esclava, amante e intérprete del conquistador de México Antiguo: Hernán Cortés. En el plano literario y en la dimensión mítica

sigue diciéndonos cosas. Esta mujer, que es más recordada como un personaje ficcional que como una mujer real que estuvo ligada a la carne de la historia de nuestro origen como nadie, todavía está aclarándonos muchas cosas acerca de la sociedad que la vio nacer, vivir y fallecer. Es por esa razón que marcó para siempre la memoria de una versión de los hechos relacionados con la Conquista de la Nueva España que aún no ha sido contada con justicia. Lo que tenemos es una versión de su biografía que ha sido inventada, mistificada, sobrecargada de intereses ideológicos y prejuicios. Todavía circulan por ahí ciertas versiones de su vida que dan crédito a una serie de mentiras que siguen alimentando la misoginia y el sexismo que tanto ha perjudicado a las mujeres de nuestro continente durante más de cinco siglos. Nuestro interés no es el de presentarla simplemente como la primera mujer que se menciona con nombre propio en la historia de nuestra América, sino el de hacer justicia.

La Malinche es un personaje omnipresente en la Historia de México y por añadidura de América Latina. Es un personaje recurrente del que se ha escrito mucho y se sabe muy poco. Hay una cantidad enorme de fuentes sobre ella y al mismo tiempo, una cantidad ingente de versiones sobre su historia que no son dignas de ningún tipo de confiabilidad. El primer escritor que la menciona en sus textos como una figura destacada en la Conquista es Bernal Díaz del Castillo, quien es el primer autor de la época que se dedica con mayor entusiasmo a escribir sobre la Malinche.

La crónica de Bernal Díaz del Castillo, escrita entre los años 1557 y 1580 y publicada por primera vez en Madrid en 1632, mucho después de su muerte, que fue titulada por el autor *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* (1983), marca el punto de partida de una historia que se basa en las distintas representaciones e interpretaciones que ha sufrido el personaje a lo largo de cinco siglos. La crónica de Díaz del Castillo es el relato de las jornadas cruciales de la Conquista del Imperio Azteca, en las que el autor estuvo acompañando a Hernán Cortés, y en las cuales la Malinche cumplió un papel determinante.

En su historia verdadera Bernal Díaz nos cuenta que lo primero que se sabe de ella es que era una muchacha muy agraciada y muy joven que fue entregada como parte de un botín de guerra al conquistador Hernán Cortés en la región de Tabasco. Ella formaba parte de un grupo de 19 mujeres, varias gallinas, guajolotes, telas bordadas, un poco de oro y otras mercancías de intercambio. Lamentablemente en esa época era muy común que las mujeres fuesen consideradas simple objeto de intercambio. Se les entregaba como premio a los conquistadores para hacer el pan, es decir la comida y las labores domésticas, y para ser las concubinas. En ese conjunto colectivo anónimo se destaca la Malinche. Según el cronista BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, así fue el encuentro entre la indígena y los españoles:

Otro día de mañana, que fueron quince días del mes de marzo de mil quinientos diez y nueve años, vinieron muchos caciques principales de aquel pueblo de Tabasco, y de otros comarcas, haciendo mucho acato a todos nosotros, y trajeron un presente de oro [...] Y no fue nada todo este presente en comparación con las veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana [...] Cortés las repartió a cada capitán la suya, y a esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puerto Carrero, y después que fue a Castilla Puerto Carrero estuvo la doña Marina con Cortés, y hubo en ella un hijo que se dijo don Martín Cortés [...] Como doña Marina en todas las guerras de la Nueva España y Tlaxcala y México fue tan buena mujer y excelente lengua, como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo (1983: 141-146).

En su texto Bernal Díaz del Castillo cuenta que después de una serie de eventos sin mucha importancia, Cortés hizo de la Malinche su concubina y luego su intérprete. Cuando el conquistador llegó a México en 1519 tenía un objetivo concreto, estaba convencido de que tenía que conocer, pacificar, conquistar y luego poblar el territorio, para ser independiente y dueño del territorio conquistado. Recordemos que Cortés era un forajido, se le había rebelado a su superior, el Gobernador de Cuba en ese momento, Diego Velázquez. También deberíamos tomar en cuenta que en el siglo XVI México no era México, era una tierra sin nombre para los españoles, por eso la llamaron Nueva España. Para los indígenas era otra cosa, un conjunto de reinos, naciones prehispánicas con leyes y lengua propia, que estaban imbuidos en una pugna sin cuartel por el dominio territorial. Es por eso que el conquistador entra al territorio con esa idea en la cabeza, la de poblar al precio que fuera, poblar para poder dominar. Pero para llevar a cabo esa tentativa tenía que buscar intérpretes, *lenguas*, como le llamara Bernal Díaz del Castillo, que le ayudaran a comunicarse con los pueblos que iba a someter.

Cuando Cortés llega a Yucatán, el primer destino de su largo viaje, se encuentra con su primer intérprete, Gerónimo de Aguilar, un español que formó parte de las primeras expediciones al Continente y que llevaba algunos años de cautivo en tierras mayas. Este hombre sabía hablar maya porque llevaba varios años en ese territorio que lo adoptó como a un igual. Cuenta Bernal DÍAZ DEL CASTILLO (1983) que, cuando Cortés lo ve, reconoce a un hombre español que está vestido de indígena, todo tatuado, que ha olvidado el español, que tiene hijos mestizos y que se ha casado con una muchacha de la tribu que lo estaba recibiendo. Cortés le dice que lo acompañe para que le sirva de intérprete y Gerónimo de Aguilar accede. No le quedaba otra salida. Se le une pero a medida que avanzan por el territorio se van dando cuenta de que las lenguas que hablan los aborígenes son todas distintas. Cuando llegan a Tabasco, se percatan de que ahí no se habla maya sino nahuatl, la lengua de los aztecas.

Como en el botín que le habían entregado en Tabasco estaba esta mujer de unos quince años y una belleza singular, que había nacido en esa zona, y que era según las palabras de Bernal, *bulliciosa y entrometida*, pero muy inteligente; que no solo sabía varias lenguas sino que podía funcionar como representante de su delegación, Cortés la incorpora a su grupo de confianza. Lo primero que hizo después de hacerla su mujer fue encargarle la responsabilidad de interpretar el papel de *lengua*, es decir de intermediario entre los nativos del mundo que estaba conociendo. Ser *lengua* en esa época significaba algo equivalente a ser traductor simultáneo.

Según Margot GLANTZ (2001), durante toda la época colonial la Malinche fue vista como un personaje fundamental. Luego, en épocas posteriores, fundamentalmente a partir el siglo XIX, cuando viene la Independencia, surge la leyenda negra que la condenó al escarnio y al olvido injustificado. Cuando en el México republicanista y liberal de ese siglo comienzan a buscar los referentes culturales del país, que se distingan de la herencia española y se destaquen por su naturaleza independentista, se niega la importancia de la figura de la Malinche en la historia. Era lógico que si ella había ayudado a que se consumara la Conquista, se comenzara a presentar como una traidora.

Luego ya en el siglo XX, es Octavio Paz quién según GLANTZ (2001) recoge esta visión misógina del personaje y la desarrolla en su libro *El laberinto de la soledad* (2000) de una manera un poco arbitraria y exagerada. Paz retoma esa visión del pasado para presentar a la Malinche como la Chingada, como la mujer violada, e indirectamente responsable de las desgracias del pueblo mexicano, de sus taras históricas, de su trauma psicosocial. Octavio Paz dice en el capítulo cuarto de su libro que la Malinche para los mexicanos es el símbolo de la entrega y de la pasividad abyecta que representa la dominación cultural. Su lectura repercutió tan profundamente en el campo intelectual mexicano que durante mucho tiempo propició la difusión de esa corriente tan lamentable del pensamiento, que asocia todo lo relacionado con la leyenda y la literatura dedicada a esta figura de la historia con la idea de la traición.

Octavio Paz escribe este ensayo en Francia, en la Europa de la postguerra, en 1949, influenciado por las teorías freudianas del malestar de la cultura y el existencialismo, y convencido de que cada hombre está habitado por un fantasma, y que en el caso del hombre mexicano, de la sociedad mexicana, ese fantasma es el de la Malinche. La sombra de la extrañeza y su aislamiento del hombre mexicano es producto del espectro de su traición. Su libro no es un tratado de psicología, ni de sociología, ni menos de historia, sino un ensayo, un texto proteico, confesional, reflexivo y personal, donde declara y confiesa sus más profundas preocupaciones, miedos y complejos, sobre lo que significa ser mexicano en los tiempos

modernos. Paz escribió un texto reflexivo y poético donde no nos dice quién es Malinche sino cómo sigue siendo interpretada por la mentalidad degradante y patriarcal de gran parte de su sociedad.

El capítulo dedicado a la Malinche en *El laberinto de la soledad* (2000) se titula “Los Hijos de la Malinche”. La tesis que Paz desarrolla en su laberinto de ideas es que la identidad nacional está determinada, principalmente, por la condición de dominado del mexicano y su consecuente soledad. Los mexicanos se sienten derrotados porque se consideran los hijos de la Malinche, quien por ser la madre del primer mestizo reconocido en las páginas de la historia, del primer hijo de la Conquista y de Hernán Cortés, también es la madre simbólica de todos los mexicanos. Según los planteamientos del escritor, la indígena, dada su situación de inferioridad durante la Conquista, fue dominada y dejó que su pueblo quedase a la merced de la barbarie española. La supuesta pasividad cómplice que mostró la indígena ante la presencia del conquistador, le sirve a Paz para comprender la desolación irreversible y secular del pueblo mexicano.

Para PAZ (2000) esa mujer violada es la impronta de la sumisión y la representación fidedigna de la patria humillada e inepta. Su pasividad es para los mexicanos el símbolo de la vergüenza y del resentimiento. Para Paz a lo largo de la Historia las mujeres han sido consideradas seres inferiores porque su destino es entregarse, estar abiertas, rajadas y sometidas a la voluntad del hombre. Es por eso que la resignación y la entereza ante las adversidades son dos de sus principales virtudes. Las otras son el pudor, el recato y la reserva ceremoniosa. Esas son sus virtudes porque también son las únicas armas con la que cuenta la feminidad mexicana para defender y mantener intacta su intimidad.

Todavía en el siglo XX los mexicanos consideraban a la mujer como un instrumento diseñado por Dios para satisfacer los deseos del hombre. Octavio Paz no niega ni afirma nada, da por hecho todo lo que plantea, y hacerlo cae en la paradoja de usar lo femenino como un chivo expiatorio para interpretar los síntomas distintivos de la mentalidad atávica y fundamentalista que caracteriza a su sociedad. No usa la feminidad como un fin en sí mismo sino como un canal, una instancia o un obstáculo, entre el hombre y su destino, entre el hombre y su deseo de realizarse en la historia. Mediante este lugar común, Octavio PAZ (2000) ningunea a la Malinche. Él mismo dice de que se trata este fenómeno: “el ninguneo es una operación que consiste en hacer de alguien, Ninguno. La nada de pronto de individualiza, se hace cuerpo y ojos, se hace Ninguno” (2000: 71).

De esta manera podemos decir que, así como la sombra del *ninguneo* se extiende sobre la historia de México y de América Latina, durante mucho tiempo mantuvo a la Malinche al

margen del olvido, la incomprensión y la periferia de los recuerdos más vergonzosos. Es así como hasta la palabra Malinche, que en principio se refirió a la *lengua*, a la traductora, con los años se transformó en símbolo y sinónimo de la palabra traición. “Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche” (2000: 124).

Una de las imágenes que también utiliza PAZ (2000) en su libro es la de la piñata, ese muñeco grotesco, hecho con cartón y papel, que encarna figuras que forman parte del imaginario de la infancia y que se utiliza en las ceremonias de las fiestas infantiles para que los niños lo golpeen con un palo hasta que revienta y deje caer todo tipo de golosinas y juguetes. Cuando la piñata se rompe y cae al suelo los niños se lanzan sobre ella como salvajes para recoger las promesas que guardaba en su interior. Es todo un rito que a diario atestiguamos sin recelo. El del sacrificio, el del desmembramiento simbólico, el del chivo expiatorio, ese ser que debe sacrificarse para saciar la sed de justicia, de paz, o alegría de los otros, para renovar el ciclo de tiempo, para propiciar el renacimiento, o la promesa de un nuevo tiempo. Esa fue la Malinche para los mexicanos.

La leyenda de la Malinche, de acuerdo a Octavio PAZ (2000), siempre estará ligada a la cuestión del origen, un origen sombrío, oscuro, no aclarado, en el que los mexicanos se ven con vergüenza y resentimiento, porque ella fue la primera madre de la Conquista, la malinalli de Hernán Cortés, la ninguneada, la piñata del conquistador y de su pueblo, la usada, la que accedió ir a pie mientras el conquistador iba a caballo, la que amantó a su hijo bastardo, fruto de la violación, la que dio a luz el primer mestizo y el primer esclavo del Imperio Español. Ella representa el dolor y la pena de haber nacido, del hombre mexicano. Ella es la chingada, el ser violado, sin nombre, corroído, colonizado. Es la voz, la inerme, la inerte, la abierta por el poder cínico de la violencia; la indefensa, la vendida, la intercambiada, la huella indeleble de la dominación.

La Malinche es, en este orden de ideas que reconstruye Octavio Paz en su libro, el símbolo de la entrega, de la india fascinada, seducida, engañada y sometida a la voluntad tortuosa del conquistador. En su voz sin grito está el signo del silencio. La voz callada del primer arrullo, de la agredida, de la cómplice, sobre todo de eso, de la cómplice penetrada, de la madre de la destrucción. Esa es la razón por la cual su imagen está teñida por el signo de la sexualidad, de la mancha y de la orfandad. Sus hijos, todos los mexicanos y latinoamericanos, en este contexto de ideas disolutas, son el resultado del engaño y el castigo. En un pasaje de su libro PAZ nos dice: “Al repudiar a la Malinche –Eva mexicana, según la representa José

Clemente Orozco en su mural de la Escuela Nacional Preparatoria– el mexicano rompe sus ligas con el pasado, reniega de su origen y se adentra solo en la vida histórica” (2000: 125).

Hay otras obras como las propuestas literarias de dos autoras mexicanas del siglo XX como la de Rosario CASTELLANOS (1986) y la novelista Elena GARRO (1993) que se enfocan esta figura tan contradictoria con otra intención, la de revalorizarla. En todos estos textos de distinta índole y naturaleza metadiscursiva se pueden reconocer las dos interpretaciones esenciales que han rondando la figura de este personaje legendario, ficcional e histórico.

La primera plantea que la Malinche puede ser vista como la piedra fundacional del origen de una raza, de la patria y de la identidad mestiza latinoamericana. La segunda, que surge en el siglo XIX a consecuencia del proyecto de la nueva nación independiente, interpreta la figura de la Malinche como el arquetipo de la traidora, la cómplice, la violada, la sometida, la espía, la colaboradora. Se presenta como la pecadora original de la historia y de la tradición.

El libro de Bernal DÍAZ DEL CASTILLO (1983) es una fuente primordial para reconstruir a la Malinche histórica. El cronista brinda los datos sobre el origen de la mujer y habla sobre el papel de intermediaria que desempeñó. Sin embargo no es él quien por primera vez la presenta como la servidora de los españoles. La leyenda negra, esa que la condena, fue producto de la visión de Fray Bartolomé DE LAS CASAS (2011). Él, en 1552, es el primero que se refiere a ella como la informante, la traidora, la impía y la espía de Hernán Cortés.

II

En general los historiadores basan sus afirmaciones en eso que llaman las fuentes históricas, esos testimonios y distintos tipos de documentos en los que de alguna manera quedaron registrados los hechos que ocurrieron en determinado momento. De un evento siempre queda una carta, un papel sellado, el párrafo de un diario, códices, crónicas, la nota a pie de un comentario. Esas fuentes son fuentes de la época, que pertenecieron o que remiten a la época que se está estudiando, pero lo que a veces olvidamos es que esas fuentes también son interpretaciones. Todo es una verdad después de la verdad, es decir después de los hechos, del contexto, de la intención, de la superstición, de la mentalidad atravesada y de la intención de aquellos que interpretaron un evento determinado. Por eso es que mientras la historia le hace preguntas a la fuente para poder contrastar y reconstruir los hechos, la literatura le hace

preguntas a la imaginación a partir del cómo habrían ocurrido esos hechos verdaderamente, esos hechos que la historia ha tenido a bien interpretar.

La literatura, en este sentido, no tiene que ver ni con la verdad ni con la mentira sino con la ficción. Y ¿qué es la ficción, ese conocimiento no factual, fuera del campo categorial, que no se plantea con la intención de engañar sino de presentar como una determinada forma de realidad, derivada de la imaginación, por su puesto, pero que está ubicada más allá de la realidad? La ficción no es una mentira, es una verdad inconfirmable por las fuentes, es una verdad que llena los espacios vacíos dejados por la realidad confirmada por la historia. Es una historia que narra, rescata y reconquista la memoria de una realidad que se ha quedado fuera de los registros de la historia.

Malinche (2006) en principio es, como dijimos hace un momento, el título de una novela de Laura Esquivel escrita en el 2005. Es un texto que no pretende confirmar ni negar nada sino mostrar como dialoga la ficción con la historia de la Conquista. Esta novela es una narración de largo aliento que está estructurada en ocho capítulos, en los cuales se incluyen ilustraciones en forma de códices de Jordi Castells, y una amplia bibliografía sobre la vida y estudios de las raíces históricas de la leyenda de la Malinche.

La novela cuenta el relato de lo que un novelista cree o imagina que fue la vida de este personaje. Y esa historia comienza con el complicado parto de la madre de la Malinche, que de acuerdo a este texto ficcional en verdad se llamaba Malinalli. Este nacimiento fue asistido por la abuela paterna de la Malinche, quien recibe a la niña y la bautiza repitiendo el ritual de los cuatro elementos, mientras su padre dice estas palabras:

En ese momento, el padre de Malinalli sintió en su mente una inspiración que no le pertenecía y en lugar de continuar con las tradicionales palabras de bienvenida, su lengua habló con otro canto: —Hija mía, vienes del agua, y el agua habla. Vienes del tiempo y estarás en el tiempo, y tu palabra estará en el viento y será sembrada en la tierra. Tu palabra será el fuego que transforma todas las cosas. Tu palabra estará en el agua y será espejo de la lengua. Tu palabra tendrá ojos y mirará, tendrá oídos y escuchará, tendrá tacto para mentir con la verdad y dirá verdades que parecerán mentiras (2006: 11).

Luego se desata una fuerte tormenta que traía con sus vientos ineluctables un presagio lamentable de cambios y sufrimientos para todo el pueblo de esta niña recién nacida. El nacimiento de la Malinche se presenta como un milagro, un misterio y una época de grandes transformaciones. De acuerdo a lo que plantea la simbología de la obra, es un nacimiento

mesiánico y trágico, un acontecimiento arcano, una revelación cargada de premoniciones funestas.

Eso sucede en el territorio del México Antiguo, mientras del otro lado del océano Atlántico, en la España de principios del siglo XVI, hablamos de 1504, también se da una especie de nacimiento simbólico, el del conquistador español Hernán Cortés, quien no nació ese año pero por razones desconocidas, sobrevive milagrosamente a la picada de un escorpión que lo deja al borde de la muerte. Es así como este relato comienza hablando de una natividad y un renacimiento. Veamos como el narrado de la novela de ESQUIVEL (2006) describe este pasaje premonitorio de la historia del conquistador:

Por tres días Cortés se debatió entre la vida y la muerte. Fueron días de lluvia y de rezos. Un fuerte temporal azotó la isla y no paró de llover día y noche. Cortés ni siquiera se dio cuenta de los truenos; sus compañeros españoles que le prestaron ayuda escucharon admirados y asustados lo que en sus delirios decía. Habló en latín y en lenguas extrañas. Habló en gritos y en susurros. Les dijo: que había un sol enorme que crecía y crecía. Un sol que al explotar iba a derramar sangre por doquier; que los seres humanos iban a volar por los aires sin tener tierra firme donde reposar, que habría lágrimas y un insoportable olor a muerte invadiría todo su cuerpo; pronunció nombres de reyes moros, habló de las derrotas históricas de España, se lamentó de la crucifixión de Cristo, se encomendó a la Virgen de Guadalupe, vociferó maldiciones y afirmó que había sido una serpiente, una gran serpiente, la que lo había mordido, una serpiente que se elevaba por los aires y que volaba frente a sus ojos, y así deliró, hasta que se quedó completamente dormido. Algunos lo dieron por muerto, y estaba tan en paz que pensaron enterrarlo a la mañana siguiente, pero cuando llegaron al lugar para darle un santo entierro descubrieron que Cortés había abierto los ojos y se recuperaba milagrosamente. Observaron en él una transformación y se dieron cuenta de que su semblante proyectaba una nueva fuerza, un nuevo poder (2006: 18-19).

Malinalli es una muchacha muy bonita e inteligente que es usada repetidas veces como botín de guerra. En sucesivas ocasiones es regalada, recibida, comprada, vendida, intercambiada. Eso sucede paulatinamente cuando muere su padre, cuando el pueblo de su padre adoptivo es derrotado por otro pueblo enemigo y luego cuando llegan los españoles con Hernán Cortés a la cabeza al pueblo de Tabasco. En medio de esas vicisitudes esta heroína se mantiene firme gracias a su entereza y a los principios obtenidos por la educación de su abuela, quien le enseñó ser fuerte y a respetar por encima de todo el verdadero valor y significado de las palabras. En medio de esos desplazamientos va aprendiendo varias lenguas. Se va transformando en la políglota que conquistaría al conquistador Hernán Cortés.

En la novela se cuenta que Maninalli llega como esclava a las tierras del Mayapan llevada por un comerciante de esclavos que la compró en un mercado de Tlatelolco, tierras de Tenochtitlán. Fue vendida de niña como esclava a los comerciantes de esclavos de Tlatelolco

por su propia madre. Eso significa que fue su propia familia quien la entregó para ser esclava cuando se vio en aprieto. Por ser de origen mexicana sabía hablar el náhuatl. El asunto de las lenguas se iba a convertir en un aspecto fundamental en su vida.

De acuerdo lo que cuenta el narrador en tercera persona que está recordando esta historia, toda la infancia de esta muchacha estuvo marcada por el abandono y la orfandad. Según la narradora, soñaba como sueñan todas las muchachas y, en sus sueños, veía llegar a Quetzalcóatl, el Dios supremo de los aztecas. En sus sueños, esta especie de Cassandra prehispánica, lo veía llegando por el mar con unos hombres de cabellos dorados. Esta idea la llenaba porque el regreso de Quetzalcóatl modificaría por completo el rumbo de todos los pueblos que los mexicanos tenían sojuzgados. Por esa razón cuando se encontró con el conquistador y su comitiva pensó que “el cabello amarillento de los recién llegados era de elote, es decir, de maíz, y que ese signo era la prueba de aquello que su dios les había dado de regalo a los hombres para su sustento” (ESQUIVEL 2006: 24).

A Cortés, también lo acosaban espantosos otros presagios, pesadillas, premoniciones catastróficas. Al llegar a la Nueva España se tuvo que sortear el primer obstáculo que se le presentó, la lengua. En seguida trató de buscarle una solución. Su unión con Malinalli fue precisamente producto de toda esa serie de inconvenientes idiomáticos que debía resolver para poder darle inicio a su proyecto de conquista. Eso explica por qué le preocupaba tanto no entender la lengua de los indígenas. Ser incapaz de expresarse con sus propias palabras, y depender de la ayuda de un traductor poco experto en el asunto, llamado Jerónimo de Aguilar, al que no le tenía la más mínima confianza, lo tenía obsesionado. Veamos lo que nos cuenta el narrador con sus propias palabras:

No entender el idioma de los indígenas era lo mismo que navegar sobre un mar negro. Para él, el maya era igual de misterioso que el lado oscuro de la luna. Sus ininteligibles voces lo hacían sentirse inseguro, vulnerable. Por otro lado, no confiaba del todo en su traductor. No sabía hasta dónde el fraile Jerónimo de Aguilar era fiel a sus palabras o era capaz de traicionarlas (CASTELLANOS 1986: 44).

Esta especie de cronista infiltrado que usa Esquivel para contar la historia también explica que Moctezuma, el rey de los Aztecas, pasaba largas noches en vela, perturbado por otros sueños terribles. A este respecto el narrador nos dice que el suyo:

Era un miedo que se escapaba del palacio de Moctezuma, que cubría como una sombra desde el valle del Anáhuac hasta la región en donde ella se encontraba. Era un

miedo líquido, que impregnaba la piel, los huesos, el corazón. Un miedo provocado por varios presagios funestos que se habían sucedido uno tras otro, años antes de que los españoles llegasen a estas tierras (ESQUIVEL 2006: 33).

La Malinche de Laura ESQUIVEL (2006) es una novela plagada de presagios y de un entramado simbólico perteneciente a la mitología nahualt que a medida que avanza el texto se despliega y luego se va deshilvanando. Es por eso que podemos decir que es un texto de naturaleza mítica y onírica: mítica porque en ella se recuperan los imaginarios de una sociedad desaparecida y onírica porque en su trama argumental los personajes principales sueñan y en esos sueños anticipan lo que luego les va sucediendo. Todos los personajes se guían por aquello que les indican sus sueños. El rey azteca veía al dios Quetzalcóatl pedirle cuentas sobre su terrible mandato, por eso no reacciona contra el conquistador. El remordimiento y el terror al castigo divino lo acosan y lo mantienen dudando, prácticamente paralizado. Por eso no se decidió a pelear contra los invasores, a pesar de que con el ejército que comandaba posiblemente hubiera acabado con los extranjeros en un solo día.

Después se nos dice que Malinalli es convertida en la traductora oficial de Cortés y que en medio de esa faena, casi que profesional, su confusión era permanente pues empezaba a comprender las verdaderas intenciones de los recién llegados, que lo que le hacía traducir el conquistador no tenía nada que ver con sus verdaderas intenciones. Así es como se va enterando que esos hombres llegados del mar no eran los enviados de los dioses sino simples mortales.

De acuerdo a lo que nos dice el narrador, Cortés la hizo sucumbir con sus promesas. La conquistó prometiéndole un mundo diferente en el que no habría sacrificios ni esclavos, en el que ella sería libre y sus hijos no serían el alimento para ningún dios. Así la conquistó. Malinalli comenzó a desear al conquistador, sin embargo no se atrevió a manifestarlo, no sabía cómo hacerlo. Sin embargo, cuando le confesó en Cholula que sus hermanos de tribu estaban preparando una emboscada para asesinarlo, le demostró su lealtad incondicional. Al darse cuenta de eso, Cortés decidió hacerla su mujer y haciendo alarde de su brutalidad en vez de seducirla la violó. A partir de ese momento comenzó a ser conocido con el nombre de la Malinche. Veamos como Laura Esquivel interpreta el origen de su nombre:

Malinalli, al traducirlo, trató de ser fiel a sus palabras y para ser oída elevó lo más que pudo el tono de su voz. Habló en nombre de Malinche, apodo que le habían adjudicado a Hernán Cortés, por estar siempre a su lado. Malinche de algún modo significaba “el amo de Malinalli” (ESQUIVEL 2006: 91).

El correlato de esta historia personal es la historia de la conquista de México. Malinalli también es presentada como la primera intermediaria del encuentro de los dos mundos, de las dos culturas, que fueron la base, el cimiento, de la cultura e historia del México actual. En esta novela también se narra la apoteósica entrada de Cortés a Tenochtitlan, esa ciudad milenaria que doblaba en grandeza a cualquiera de las ciudades de España y Europa en ese entonces. Malinalli es el primer testigo de la crueldad de la conquista, del robo de los españoles, de la lucha infructuosa de los nativos, del rapto de Moctezuma para apaciguar la revuelta de los indígenas. Ella es testigo de su humillación y de su penosa muerte, apedreado. La tesis que desarrolla Esquivel en su novela es precisamente esa, que Malinalli no es una traidora sino la principal testigo de la historia de la estancia de Cortés y los españoles en México/Tenochtitlán en 1520.

Su narración termina contándonos que la Malinche acompañó a Cortés a Cempoala, para enfrentar a Pánfilo de Narváez, quién venía, enviado por el Gobernador de Cuba, Diego Velásquez, para apresarlos. Ella es los ojos, la que ve cómo Cortés derrota a De Narváez y de cómo los españoles masacran a los nobles mexicas. Ese es su dilema, el de ser testigo y mujer, y el de no poder hacer nada porque las circunstancias históricas se lo impidieron. Esa es su tragedia, la de ser la voz inerte que narra la destrucción de Tenochtitlán.

Para Esquivel la Malinche fue varias cosas, mujer de Cortés y madre de sus hijos. Se sabe que tuvo un hijo de él: Martín, por eso fue la pionera del mestizaje. Fue también su compañera, su enemiga, su aliada, su cómplice, su intermediaria, su amante, su distracción, su excusa, su pecado, su pasión. Estuvo a su lado hasta en la fallida expedición a Las Hibueras (ahora Honduras). Fue su protegida y su heredera también. Al final de la novela el narrador cierra el texto contando que Cortés decidió casarla con su fiel soldado Juan Jaramillo para poder dejarle una herencia que no pudiera quitarle su mujer española. Con su esposo regresa a Veracruz y luego se muda al Valle de México. Gracias a este matrimonio se transforma en toda una señora de la sociedad, en propietaria de muchas tierras. Con este Jaramillo tiene una hija: María. Luego su marido muere, y al final, nos dice Laura Esquivel, pasa el resto de su vida con su hijo Martín, el hijo de Cortés, y su hija María, la hija de Jaramillo, en Coyoacán. Allí muere.

III

Eso es lo que cuenta la novela de Laura Esquivel, pero ¿qué cuenta la historia? Hay muchos libros, ensayos, novelas, artículos, en diferentes idiomas que se han escrito alrededor de este misterioso personaje. El historiador mexicano Luis Barjau es uno de ellos. Escribió un

libro sobre este tema llamado *La Conquista de la Malinche* (2009). Este volumen está plagado de comentarios y datos de una importancia incalculable. Es por eso que vamos a tratar de resumirlo en este trabajo para completar la versión comparada y comentada de los acontecimientos de la vida de este fascinante personaje.

Con respeto a la leyenda de la Malinche, este autor dice que efectivamente fue la traductora de Hernán Cortés. También confirma que fue regalada al conquistador, junto con otras diecinueve esclavas, por un Señor del Mayapa en 1519, cuando sus habitantes se rindieron ante él y aceptaron ser vasallos del Rey de España. Malinalli ya sabía varios idiomas cuando sucedió este evento tan importante que definiría su destino. Parece que al ser esclava en un Señorío Maya aprendió el idioma del Mayapan, lo que hoy conocemos como el Maya. Luego como viajó, junto con las otras esclavas en la expedición de Cortés por el Golfo de México, cerca de lo que ahora se conoce como Yucatán, aprendió el español rápidamente. La expedición en la que iba como botín de guerra llegó a las playas de Chalchiuecan el Viernes Santo de 1519. Eso lo cuenta Bernal DÍAZ DEL CASTILLO (1983). Allí Malinalli, junto con sus compañeras esclavas, fue bautizada como Marina.

BARJAU explica en su libro (2009) que la tierra que pisaron los conquistadores se llamaba Totonaca y estaba gobernada por el llamado Cacique Gordo de Cempoala. Esa fue la primera ciudad de Mesoamérica que conocieron los españoles; la de los Totonacas. Hasta allí fue que el emperador mexica Moctezuma envió a los primeros embajadores, especie de mensajeros, espías, informantes de la corte, que tenían la orden de conocer a los recién llegados y devolverse con un informe para que el rey se enterara de lo que estaba pasando. Ya le habían llegado noticias pero eran muy difusas, se escuchaba el chisme de que unos extranjeros enormes, que montaban animales fantásticos, habían entrado por las costas en unas casas flotantes.

Malinalli no solo conocía la lengua maya sino también el náhuatl, porque su padre, su verdadero padre, quiero decir, el que murió cuando ella era niña, y no el padrastro que después se casaría con su madre, era mexica. Recordemos que el idioma de los mexicas era el nahuatl, y este a su vez era el idioma que hablaba Motenzuma y su pueblo. Por eso es que, cuando mencionamos a los aztecas, nos referimos a un pueblo mexica que hablaba nahuatl.

Eso es lo que nos cuenta BARJAU en su libro (2009), que esta muchacha tan habladora e inteligente despertó la curiosidad del conquistador. Cortés tenía un traductor pero era un intermediador que no hablaba nahuatl. Su nombre, como ya sabemos, era Jerónimo de Aguilar, quien aprendió la lengua de los nativos cuando fue esclavo de los mayas. El encuentro con la Malinche fue clave para Hernán Cortes, ese conquistador que llegó a las costas de México con

la intención de poblar, porque a partir de su incorporación a la expedición la comunicación entre los españoles y los aztecas comenzó a darse de manera eficiente, no fluida pero sí eficiente.

BARJAU explica que el proceso era así: Cortés hablaba en español a Jerónimo de Aguilar, éste en maya a Malinalli, es decir, a la Malinche, que era llamada también Marina por los españoles, y ella traducía todo eso al náhuatl para que los embajadores de Moctezuma pudieran entender las mentiras del Conquistador. En realidad ella tampoco sabía qué era verdad y qué era mentira de lo que traducía pero le parecía maravilloso lo que estaba aconteciendo frente a sus ojos. Era una interlocutora fiable e interesada porque era inteligentísima y muy curiosa. Así fue como esta esclava que había sido regalada tres veces durante su corta existencia, llamada Malinalli, se convirtió en la traductora oficial de Hernán Cortés, el hombre que conquistó el Imperio Azteca.

Después de que fue nombrada traductora oficial enseguida fue bautizada y se le dio un nombre cristiano: Doña Marina. Por decisión de Cortés estuvo al servicio de Alonso Hernández Portocarrero y con él terminó de aprender a hablar el español. Desde ese momento fue la encarnación de la lengua y el mestizaje. Con ella los españoles recorrieron un largo camino. De Cempoala, que estaba sometida y rendía tributos a los mexicas, partieron los conquistadores hacia el interior del continente. Llegaron luego a Tlaxcala, allí vencieron a los tlaxcaltecas, apoyados por los nativos de Cempoala que se habían convertido en sus aliados, y después convencieron a los derrotados tlaxcaltecas a unírseles para ir a Tenochtitlán, la gran capital del Imperio Mexica, y conquistarla.

Los españoles fueron haciéndose poderosos en la medida que iban estableciendo alianzas con los enemigos de los mexicas. Esa es la verdadera estrategia que consolidó la Conquista; no eso que plantea en su libro Octavio PAZ (2000). La verdad es que la Conquista de México Antiguo se dio más por las divisiones que por el poderío de los españoles o la complicidad idiomática de la Malinche. En Cholula se dio la primera matanza de mexicas. Encerrados en sus templos fueron sacrificados por los españoles y sus nuevos aliados, los tlaxcaltecas y los cempoaltecas. Estas dos tribus vieron en los recién llegados la oportunidad de vengarse y liberarse del dominio mexica (BARJAU 2009).

Como ya explicamos anteriormente en México fue utilizado el término malinchista para referirse a alguien que prefiere lo extranjero sobre lo mexicano. La Malinche era Malinalli, bautizada como Marina. La otra verdad es que a Cortés le llamaban El Malinche, por ser el amo de Malinalli. La verdad es que Malinalli no tenía nada en común con los mexicas. Ella pertenecía a otro pueblo. La verdad es que México no era lo que es hoy en día por eso la historia

de esta mujer tan maravillosa se tergiversó de esta manera. Se necesitaba de un culpable y los historiadores y los artistas dieron con ella.

BARJAU explica en su libro que Maninalli no fue ninguna cómplice de los españoles. Ella solo fue una víctima de las circunstancias. Era una sobreviviente de su tiempo. Era una pobre muchacha que fue vendida por su propia familia como esclava. Su labor de traductora representaba un ascenso social por eso asumió este rol, para sobrevivir. Nadie que haya sido esclavo como lo fue ella podía serle leal a quien o a quienes la hicieron esclava. Malinalli fue una de las tantas mujeres que le regalaron a Cortés por esos años. Como era esclava, fue primero él quien la quiso. Primero fue mujer de Diego Velásquez y luego de Hernán Cortés. A partir de ese momento fue que comenzaron a llamar a Cortés con el apodo, el apelativo, de Malinche. Gracias a sus habilidades lingüísticas, la historia de la Malinche se expandió por todos lados. Esa es la única razón por la cual Bernal Díaz del Castillo, el cronista español, la incluye en su relato y cuenta parte de su historia.

Los indígenas veían a la Malinche como una diosa. Cuentan que cuando Cortés llegó con la Malinche a Tlaxcala, en seguida los habitantes la vistieron con los trajes de la deidad de las montañas y del agua, con el atuendo de la falda azul. Al verla hablar con el conquistador los indígenas tlaxcaltecas comenzaron a hablar de ella con gran respeto y reverencia y darle atributos sobrenaturales y divinos. Recordemos que a los españoles les llamaron teules, que viene de la palabra *teu* y que significa señor muy importante, héroe, jefe. La Malinche fue divinizada en el mundo indígena, por eso es que Laura Esquivel la presenta como una predestinada, como una deidad. Ese proceso comienza en Tlaxcala y se hace muy patente a la llegada de los españoles a Tenochtitlan, donde todos la recibieron con una gran reverencia. Por eso es que los españoles le cambian el nombre y la comienzan a llamar doña Marina (BARJAU 2009).

IV

Después de todo lo que hemos visto hasta ahora, podemos decir que la Malinche no traicionó a nadie. Cuando Cortés llegó a México, en 1519, no existía un país llamado de esa manera, sino un conjunto de reinos enemistados entre sí que estaban enfrascados en una guerra a muerte. Vivían en una eterna confrontación los tlaxcaltecas con los mexicas y los mexicas con los totonacas. Cuando alguno de estos pueblos era derrotado por sus enemigos, perdían todo y las mujeres se usaban para los sacrificios y las labores domésticas. Eso explica las razones por

las cuales los miembros del pueblo totonaca se unieron tan fácilmente a las huestes de Cortés. La Malinche pertenecía a uno de esos grupos étnicos oprimidos y, en su condición de mujer y casi de esclavitud, tomó la decisión de irse con los españoles. Esa era una manera de liberarse de la opresión.

La visión de la Malinche como traidora, por el supuesto hecho de que no defendió a su raza, es una estupidez. No existía la idea de raza en esa época. La Malinche fue tan admirada en su época que tuvo una amiga española llamada María Estrada, una mujer muy bella y alta, que había sido esclava de un cacique en Cuba. La Malinche siempre fue vista por sus coetáneos como un personaje poderoso, como una diosa, por eso le rendían veneración y le daban regalos. Era una mujer que tenía un séquito enorme (BARJAU 2009).

Si Hernán Cortés no la mencionaba en sus informes, y solo la nombra por primera vez, y escuetamente, en la cuarta carta de relación al rey, refiriéndose a ella como “la que conmigo va a todas partes”, es porque según lo que explica BARJAU (2009) en España ya se había desatado una campaña de satanización contra ella y Cortés. La corte española consideraba inadmisibles que un conquistador mantuviera una relación tan entrañable con una india. Los más radicales decían: “tiene por barragana a una indígena y se valió de ella para conseguir sus arreglos y hacer la conquista”. Eso era cierto. Cortés no podía con la presión. Por eso anduvo con la Malinche solo cinco años y después la regaló. Nadie puede negar que era su amante y obviamente su preferida, porque obviamente tenía muchas posibilidades de tener cuantas mujeres quisiese. Eso sí, ninguna que tradujese como ella (BARJAU 2009: 122).

Cortés tuvo muchas mujeres indígenas. Ella no fue la primera ni la última. Cuenta BARJAU (2009) que tuvo una mujer taína en las islas del Caribe, con quien también tuvo una hija. A esa primera mujer también la casó con un capitán. Era costumbre hacer eso en esa época para afianzar relaciones con hombres de confianza y potenciales rivales. Eso era una costumbre en el mundo indígena y también en Europa. Ese también era un antecedente importante que nadie tomó en cuenta a la hora de condenar a la Malinche. De esta mujer taína se tienen noticias porque aparece en su testamento y la beneficia dejándole algunas de sus propiedades cuando muere. A La Malinche no la protege en su testamento, pero le había dado tierras antes de casarla con Jaramillo. Ella ya era una “encomendera” cuando se va Cortés a España. Además se queda con su marido, Juan Jaramillo, un hombre prominente y amigo íntimo de Cortés (BARJAU 2009).

La mujer legítima de Cortés se llamaba Catalina Suárez, la Marcaída. Es una de las primeras mujeres españolas que se viene a México por intereses sucesoriales. En esa época a los herederos de los conquistadores no solo les correspondían las tierras sino también los indios que

ocupaban esas tierras. Por eso Cortés le da tierras a la Malinche antes de regresar a España y protege en el testamento a su amante taína. Si no hubiese sido de esa forma su mujer les hubiese quitado todo a ellas. Dice BARJAU (2009) que la discusión que tuvieron Cortés y su mujer fue terrible porque él no le quería dar nada y en consecuencia ella se acogió a la ley y se quedó algunas de sus propiedades. Dicen que hasta su muerte estuvo furiosa con él. De la muerte de la Malinche se sabe muy poco. Se piensa que murió entre los 28 y los 30 y tantos años. Al parecer pudo haber sido de peste. Lo cierto es que esta mujer no fue una traidora sino una pionera de la sobrevivencia en la historia de América Latina.

Como hemos podido ver, son muchas las razones por las cuales debemos recordar con orgullo a este personaje mítico, político, literario e histórico. Primero por la excelente traductora que fue. Se sabe que no sólo hablaba el maya chontal, que aprendió a los seis años en Tabasco, sino que es muy probable que hablara popoloca, otra lengua de la época, pues en Painala, el pueblo donde nació, la lengua era popoloca. BARJAU (2009) asegura que el popoloca era la lengua que hablaban los olmecas. Tomando en cuenta esos datos imaginemos el tipo de mujer que fue. El tamaño de su inteligencia.

También se sabe que sus padres hablaban náhuatl, porque no habían nacido en Painala. Ellos eran enviados de los mexicas, especies de emisarios del rey que negociaban en la época las condiciones de la invasión, cuando un pueblo le ganaba la guerra a otro pueblo. Cuando llegaron los españoles aprendió su lengua con una rapidez asombrosa. Entonces hay que admirarla también porque fue la primera traductora políglota nacida en el continente latinoamericano.

Después hay que considerar otra cosa no menos importante, su condición de mediadora política. Desde una perspectiva histórica puede interpretarse que era una especie de diplomática, experta en mediación y conflictos internacionales. El nombre que se le daba a esa profesión era el de Faraute. Así es como se le decía antes al mensajero oficial de un pueblo. También fue una de las primeras 19 muchachas bautizada por la religión católica. Eso la convierte en la primera catequizadora de indios. Fue la primera maestra. Como conocía todas esas lenguas del México Antiguo pasó su vida enseñando el ABC de manera oficial, porque los curas que venían con Cortés no sabían cómo enseñar el español a los indígenas. No conocían todas esas lenguas que solo ella conocía, manejaba y hablaba con fluidez. Además, a eso hay que agregarle un hecho más que evidente, la Malinche llegó a ser oficial de las tropas de Cortés. Tuvo que aprender el orden militar del grupo español y luego enseñarlo a los indígenas. Como era la única traductora aprendió las órdenes en español y todos los reglamentos de la milicia, para poder transferirlas a los nuevos soldados.

La historia de su vida todavía está por escribirse, a través de las novelas, el cine o la misma narrativa histórica. Es importante reescribirla porque todavía es necesario redimensionar la verdad de los hechos que determinaron el siglo de la conquista de América para abolir la narrativa que trajo como consecuencia la leyenda negra que ronda y ensombrece su biografía. El siglo que vio nacer a la Malinche fue el siglo de oro, ese inestimable siglo XVI, el siglo de la Contrarreforma, de la primera parte de *El Quijote*, de Calderón, de la Conquista española y de la formación del mestizaje en el contexto de las mentalidades indígenas y españolas de la época. Hoy en día es muy complicado explicar y entender cómo era la mentalidad de esa época, porque era una mentalidad que apenas se empezaba a conformar, que empezaba a cuajar, y que todavía estaba en medio de un proceso de transculturación, es decir de definición, atravesando una transición inédita. Eso es lo que deberíamos aprender a valorar de la leyenda de la Malinche.

Referencias bibliográficas

BARJAU, Luis. *La Conquista de la Malinche*. México: Editorial Planeta Mexicana y Conaculta, 2009.

CASTELLANOS, Rosario. *El eterno femenino*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1986.

DE LAS CASAS, Fray Bartolomé. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Gran Canaria: Red Ediciones, 2011.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. México: Editorial Porrúa, 1983.

ESQUIVEL, Laura. *Malinche*. Madrid: Santillana, 2006.

GLANTZ Margot. *La Malinche, sus padres y sus hijos*. México: Taurus, 2001.

GARRO, Elena. *La semana de colores*. México: Grijalbo, 1993.

PAZ, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.